

LA COLECCION LAZARO GALDIANO, NUEVO MUSEO DE ESPAÑA

Por CECILIO BARBERAN

Lázaro Galdiano, primer coleccionista de Europa. Su personalidad. Causas que dieron origen a la formación de su tesoro de obras de arte únicas.

LA inauguración del Museo Lázaro Galdiano, legado de excepcional valor y mérito artístico que dejó a España al morir su ilustre propietario don José Lázaro Galdiano, comienza por dar a su ejemplar donante un relieve de singular interés. Luego, como hemos de ver, conoceremos algunos de los aspectos de su Museo, meditaremos ante algunas de sus obras y procuraremos, en fin, que nuestras palabras sean unas, si bien de las más modestas, de las más fervorosas que contribuyan al homenaje de gratitud nacional que este «Parque Florido» madrileño merece por parte de todos los que hoy pasan a ser propietarios de este impar tesoro.

Pero es lo cierto que antes de entrar en dicho Museo se nos adelanta la figura de don José Lázaro Galdiano, y ante su presencia seguidamente sentimos la necesidad de conocer su personalidad, su manera de sentir y de obrar. Esta tiene un historial harto conocido hoy gracias a la actualidad que adquirió su nombre en la prensa. Don José Lázaro Galdiano nace como hijo de prestigiosa familia en Beire (Navarra) en 1862. Se licenció en De-

recho y en Filosofía y Letras, y a la hora de opositar lo hace al Banco de España, plaza que obtiene y abandona pronto para dedicarse a las aficiones de arte que tan fervorosamente sentía.

Pronto encauza éstas por el camino del coleccionismo. D. José Lázaro Galdiano diríase que nace con la intuición de poseer, de acariciar las obras que como joyas únicas dejaron los siglos a lo largo de su paso; las de los artistas y artesanos más famosos, las de los orfebres y tejedores más perfectos.

Pero, ¿qué puede ser un coleccionista durante este último medio siglo, en el cual actuó activamente don José Lázaro Galdiano? Creemos que una de las cosas más importantes y trascendentales que se puede ser en época alguna. En este último medio siglo la transformación económica y social que han experimentado todos los pueblos ha sido tan arrolladora que no sería aventurado afirmar que durante dicho período se han liquidado muchos ciclos históricos. Los imperativos económicos han cerrado castillos, palacios y grandes casas en todos los pueblos. La extensión de las familias principales ha obligado a munifundizar sus colecciones de arte, que en tantas ocasiones se han vendido en el más triste comercio.

Sin una causalidad como la antes expuesta no hubiera sido posible ese comercio tan extenso de compra-venta de antigüedades, hoy extendido por todo el mundo, y, sobre todo, en los pueblos históricos, en los pueblos viejos como son los europeos.

Este momento de liquidación de grandes fortunas, de grandes casas, lo aprovecha excepcionalmente Lázaro Galdiano. A ello se debe su gran obra coleccionista. Pero, ¿es ésta fruto sólo de la actividad de un hombre? Sí. El gran coleccionista español no admitió nunca consejo ajeno para colaborar en su tesoro. Esto, como es natural, tenía que depender de una excepcional facultad; en este caso fué la intuición prodigiosa la guía imantada que le hizo a Lázaro Galdiano descubrir, seleccionar intelectivamente la gran obra que buscaba. De otra forma no hubiera sido posible tan excepcional colección. ¿Qué ayudó al ilustre navarro a formarla también? Sin duda, una bien cimentada y amplia cultura. Ya

nos la demostró sosteniendo a sus expensas aquella revista titulada «España Moderna», páginas que abordaron los más interesantes temas de los múltiples aspectos del arte. Una intuición como la suya y una cultura como la que poseía dieron origen a esta obra.

¿Fué, pues, un museo lo que Lázaro Galdiano formó? No. Una colección de obras ricas, como era tradicional en las grandes casas del mundo desde siglos anteriores, sí. El museo nace como obra oficial cuando aquellas grandes casas desaparecieron en todos los pueblos. Imposible es encontrar en el Louvre, de París, o en el Museo del Prado, de Madrid, obra que no proceda de una casa real o de un ilustre linaje.

La colección Lázaro Galdiano se forma bajo aquella inspiración. Se comprende su extensión cuando se piensa en lo aptos que fueron los tiempos actuales para que la misma pudiera ser formada. Ello da lugar, pues, a lo que este «Parque Florido» es en realidad hoy: el Museo-Colección, nueva denominación de conjuntos de riqueza de esta naturaleza. Denominación que, en verdad, parece nueva, pero que, en parte, no lo es tanto cuando estudiamos museos similares, de gran valor hoy en la cultura europea; el francés de Cluny, tan rayano en tantas ocasiones con el gran coleccionismo, pero del que se evade pronto ante la sincronización de obras de una época determinada que recoge.

Pudiéramos, por tanto, afirmar que España cuenta desde hoy con el primer Museo-Colección del mundo, debido al primer coleccionista europeo que fué don José Lázaro Galdiano. El hecho obedece a una alta razón histórica y cultural también. Ninguna lo justifica mejor también que las milenarias culturas que se dan cita en el suelo peninsular ibérico. Pocos, pues, como el hombre español podía haber nacido mejor intuído, con una más alta exigencia estética, para atesorar estas obras y para vincularlas al tesoro espiritual de todos los españoles.

La visita al Museo. Varios siglos de pintura a través de obras joyas.

El cuadro, primer halago para la vista, suele ser el primer actor artístico que solicita nuestra atención tan pronto entramos en el Museo Lázaro Galdiano, y nos situamos en su planta entre-suelo. Y por orden prelativo son, pues, los primitivos los que primero se muestran a nuestra admiración. A cerca de cuatrocientos cuadros se elevan los que posee la colección. En tres salas se recogen los primitivos españoles, los que comienzan por impresionar como obras del vehículo de la cultura de aquellos tiempos. «Tríptico», del Maestro de Avila; el «Autorretrato», de Pedro Berbrugete; las composiciones sobre la Pasión del Señor, de los Maestros de Burgo de Osma y del Maestro Perea; y aquellas tablas que pintaron los artistas de las escuelas de Palencia, Valladolid, Segovia, entre las que se destacan como obras de personalidad «La Anunciación» y «La Adoración», de Juan de Castro. Joya impar entre ellas es la «Virgen de Cristóbal Colón», donde se pinta el retrato más autorizado del Almirante.

Junto a obras de maestros tan conocidos figuran las anónimas de escuela valenciana, castellana y burgalesa, con tablas que en tantas ocasiones se confunden con las de aquéllos y que hablan de los talleres gremiales que dieron origen a esta pintura. Obras que nos ponen en antecedentes del fervor jacobeo que reina en Castilla a la sazón son las dos tablas que representan «La Traslación del Apóstol Santiago» y «Desembarco de su cadáver», del Maestro de Astorga, obras que bien pudiéramos decir que son las precursoras de los cuadros de historia.

Valioso conjunto de pintura es este que nos viene a decir cuál fué la influencia que ejercieron los pintores primitivos flamencos, ya alemanes de la época en el medio español y cuán incorporados se hallaban los artistas hispanos a la cultura plástica de aquel tiempo.

Los maestros que dictan la gran lección que representa este arte están recogidos en dos salas de la misma planta; en ellas nos

es dado admirar obras maestras de Gerad David, Isebrants, Van Dyck, Van Ouot, Cleve, y de las escuelas regionales que éstos fomentaron en sus países. Junto a ellos, podemos admirar las obras de los primitivos holandeses y alemanes, entre los que destacan las obras de Durero, El Bosco y un genial «Descendimiento», de Quintín Metsys.

Esta espléndida obra es el mejor atrio para entrar en la mejor pintura europea del siglo xvii, representada en esta colección con obras de valor incomparable. En las salas dedicadas a ella, que se decoran con muebles y telas de la época, podemos admirar como joya mayor un retrato de Saskia, de Rembrandt y otros bellísimos paisajes de Berghem, Hobbena y Guyp.

A partir de este instante se generaliza la sincronización museal que preside en la colección. Ella comienza por hacerse presente en la gran pintura española de dicho período, que nos viene a decir cuán armónica estuvo, dentro de la concepción hispana, con el vuelo de las obras de muchos de los grandes maestros extranjeros. La sala XIII reúne un valioso conjunto de dicha pintura. En ella podemos ver cuatro obras del Greco, una de ellas pintada durante su estancia en Italia, y dos retrados magistrales de Velázquez, uno de su mujer, profundamente humanizado y pintado en grises, y otro, vital, del poeta don Luis de Góngora. De Zurbarán figuran dos vírgenes y un «Religioso», de sobria y profunda factura; también podemos ver obras de los dos pintores que se dejan influir más por el Grego: de Jorge Manuel, el hijo de dicho artista, y de Luis Tristán, su discípulo, amén de otras de su taller.

La sala XIV impresiona como la mejor sedimentación de la pintura española del siglo xvii. Bellísimo cuadro y magistral lección de pintura el «San José», de Antolinez; excelente retrato el de «Carlos II», por Carreño; de Valdés Leal figuran dos lienzos con imágenes de vírgenes, obras maestras de la gran pintura barroca andaluza; espléndido superlativamente el cuadro de matrona, de Alonso Cano, y muy lleno de profunda unción la Virgen que pinta Murillo.

Herrera el Viejo, el sevillano, da la nota recia y característica

de su temperamento en un cuadro con figura de Apóstol, y del madrileño Mateo Cerezo podemos admirar un lienzo con asunto mariano, que es todo un tratado de magístral pintura. Juan Bautista del Mazo pinta un retrato de traza velazqueña, y también se destaca una Virgen de la escuela sevillana.

Ahora es otra colección de cuadros joyas la que se intercala en este conjunto. Nos referimos a la sala XXVII, dedicada a la pintura inglesa. Un mobiliario tan sencillo como señorial da ambiente de hogar a esta rica pieza, en la que podemos admirar magistrales retratos de Cainsborough, Reynolds, Cotes, Gil Stuar, Legi, amén de unos paisajes Constable.

Igual sucede, en cuanto a lo español, con la sala XXX, dedicada principalmente a obras de Goya, entre las que figuran una finísima de Esteve. Del gran artista aragonés hay en esta sala veinticuatro cuadros, que recogen todos los aspectos de su pintura. La estancia se decora con ricos muebles Carlos III, plenos de la claridad y opulencia barroca francesa de la época. Otro tanto pudiéramos decir de la sala de arte francés, en cuyas paredes cuelgan cuadros de Tenier, Guyp, Van Ostade y Breughel.

Inútil sería dar en esta impresión un reflejo siquiera del que irradia tan gran tesoro de pintura. Sirva, pues, lo tan ligeramente enumerado para dar una idea de cuánto puede admirar en dicho museo el estudioso y el selecto que disponga de horas para visitarlo.

Obras que acreditan el rango único de esta colección.

Ya dijimos que el Museo Lázaro Galdiano es, ante todo, una colección de piezas únicas en su género. Por esto que todo él esté salpicado de piezas singulares, constelaciones en el mundo de la historia, el arte y la artesanía de hace más de veinte siglos.

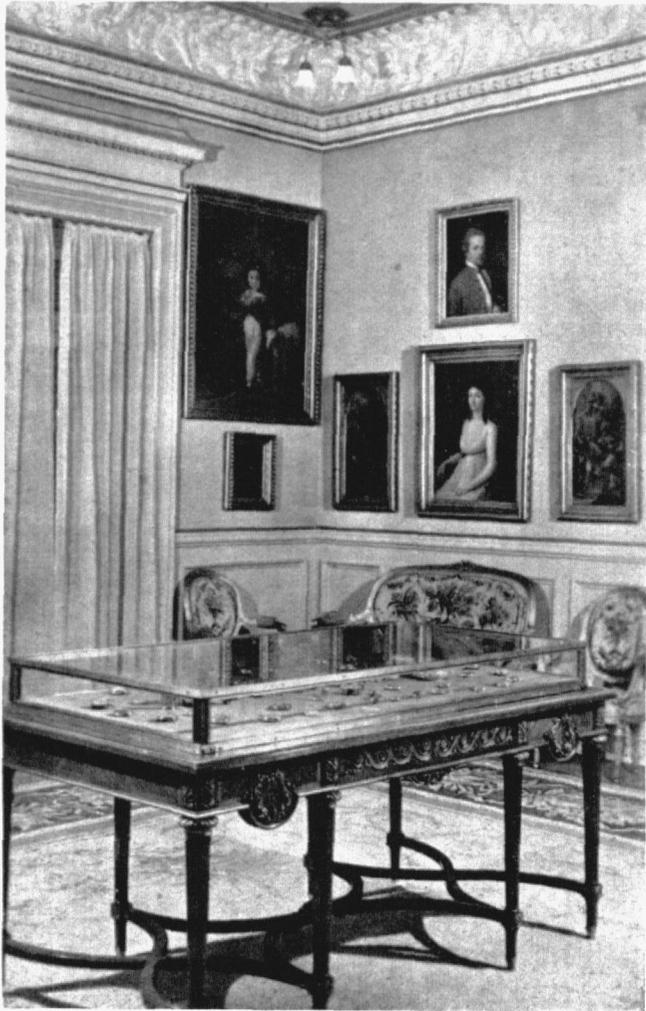
Vamos a enumerar algunas de estas obras; imposible sería hacerlo con cerca de las nueve mil que constituyen el Museo actualmente, cada una de las cuales tiene una larga página. Entre

los muebles españoles —ese mueble de tan borrosa historia hasta hoy— se destacan una serie de bargueños de distintas épocas, y como pieza mayor el famoso banco de Cuenca, obra única del siglo xv.

En una de las vitrinas se expone el estoque que, bendecido por el Papa Inocencio VIII, regaló dicho Pontífice al segundo conde de Tendilla en 1468, obra cuya filigrana se debe al orfebre Filarete. Piezas primorosas son también las polveras que pertenecieron al Emperador Maximiliano y a los reyes de Polonia. La jarra de marfil en la que, según la tradición, bebió Carlos V cuando entró en Asgburgo, y el dado que perteneció al Emperador, cuya autenticidad prueban las armas de dicho monarca grabadas en él. Pieza única es también la arqueta hispanoárabe del siglo xiv, obra de alta artesanía española. Lugar aparte ocupa, por su singular valor, la gran copa del Emperador Rodolfo, bella naveta de cristal de roca que figura un ave.

Únicas, asimismo, la serie de copas de los doce Césares, labor de gran primor artesano del siglo xvi. Digna de figurar a su lado es la copa que regalaron las provincias flamencas a Antonio Spínola. Los relojes joyas tienen su presencia en la colección. Entre ellos figuran seis de bolsillo del siglo xvi; el reloj de caza de Carlos V y el reloj regalado por Napoleón a Carlos IV.

Entre la colección de armas famosas destacamos la pistola que perteneció al zar de Rusia, una igual a la que poseía Rotschild. De singular valor son también la colección de medallas; piezas debidas a Mateo Patti, Parmesano y Durero figuran junto a veinte ejemplares de Pisanello, entre las que hay una medalla de Alfonso V de Aragón. Medallas de Martín Lutero, Cranach, Pattuir y Nicolás Florentino. La colección de medallas italianas del siglo xv se considera la más completa del mundo. Y piezas como éstas, ¡cuántas más! Son joyas de la historia y del arte de varios siglos lo que aquí se reúne. La imposibilidad de estudiarlas todas tiene una justificación: la de sintetizar en unas líneas la obra de más de medio siglo de coleccionista, que a la vez resume la historia de veinte siglos, el espigo durante este tiempo en lo más selecto que alumbró la obra de estas culturas artísticas.



Museo Lázaro Galdiano.—Sala de Goya.

El tesoro, superado.

¿Cabe superación en tesoro de esta naturaleza? Sí. Y se debe en el caso presente a la sincronización que se ha impuesto en esta colección últimamente. Las obras y piezas antes enumeradas se dispersan por las salas de dicho museo. Ahora, los rectores del mismo —el profesor don José Camón Aznar, director; el profesor don Antonio Rodríguez-Moñino, bibliotecario, y el profesor don Emilio Camp Cazorla, conservador, en unión del arquitecto señor Chueca— en un plazo brevísimo de tiempo —desde septiembre pasado hasta el día de la apertura— han instalado éste con las últimas exigencias de la museología moderna. Las vitrinas que se abren en el espesor de la pared de las salas iluminan con luz fluorescente los tesoros de marfiles, esmaltes, orfebrería y alhajas que forman lo que, sin hipérbole, acabamos de calificar de tesoro superado. Una pequeña cartela, redactada con máxima autoridad, nos hace historia con brevísimas palabras de la obra correspondiente.

Comienza por la sala II, contigua al amplio y señorial vestíbulo. Esta se nos abre como un cofre de proporciones museales, en cuyas paredes hay hasta catorce vitrinas, que, merced a su iluminación, nos dejan admirar con toda exigencia los mínimos detalles de las joyas que en ellas se exponen. En una de las vitrinas figuran una colección de imágenes, en marfil y cobre, del arte francés de hacia el 1100; esmaltes ingleses de los siglos XII y XIII, entre los que destacan cruces de esmaltes españolas del XIV. Excepcional es la serie de esmaltes de Limoges en todas sus épocas, entre las que destacan por su inigualada riqueza y magnificencia la serie que representa la historia del género humano. De singular valor también son los marfiles de París del siglo XIV.

Como piezas únicas se destacan, asimismo, los incensarios en bronce, de los siglos XII y XIII, y una colección de esmaltes renanos; obra muy rara es un pequeño dístico en boj, francés, del siglo XIV. Y como obra de remota orfebrería sacra española figura en dicha sala un nudo de cruz procesional, de Levante, del si-

glo XIV, y una colección de esmaltes hispanos del mismo período. Piezas de valor excepcional son las que constituyen los esmaltes lemosinos; una preciosa arqueta veneciana nos descubre el más bello arte primitivo itálico. A este primor responde un políptico y una colección de portapaces en metal. Otra de las joyas únicas de la colección la constituyen las grisallas de Limoges, del siglo XVI, colección que se considera la primera del mundo.

La sala III impresiona como el mejor cobre que puede atesorar la mejor orfebrería sacra. Relicarios góticos, cálices, estatui-llas, ostensorios, bustos relicarios, cruces de cristal de roca, repujados de arte renano y de la escuela de Becerril forman el más inimaginado camafeo de riquezas cinceladas. En un lugar de esta sala figura la gran copa de Matías Corvino. Ejemplares son también la serie de jarras bautismales, cada una de ellas trazada con una primorosa factura.

La sala IV se nos abre de par en par como la más espléndida vitrina repleta de las más espléndidas joyas de ayer y de hoy. En ella podemos admirar piezas medievales, cinturones góticos, preseas bizantinas, esmaltes sobre oro, un precioso marfil helénico, y entre las obras más destacadas por su prestigiosa historia figura el collar del duque de Alba, cincelado por Caradoso y un medallón de Benvenuto Cellini.

En vitrina aparte, y como correspondiendo a su singular valor estético e histórico, se muestra el gran jarrón y plato del rey de Sajonia, piezas construídas con las piedras más ricas, el oro, el bronce y el cristal de roca, maravillosamente tallados. Termina la visita a la sala con una colección de joyas barrocas y en otra vitrina podemos ver valiosas joyas modernas.

A continuación, entramos en tres salas que recogen un importante ciclo de arte italiano del Renacimiento. La joya mayor de ellas es la cabeza de San Juan, de Leonardo de Vinci, joya pictórica que seduce por su profunda espiritualidad.

Obra admirable es también la imagen de «Jesús a la columna», en mármol, de Miguel Angel Naccherino, y las pequeñas réplicas

de Donatello, de las que dicho artista hiciera para el templo de San Antonio de Padua.

De singular valor, asimismo, la colección de estatuillas, en bronce, italianas, del Renacimiento, y la escultura de dicho período está representada con un bajorrelieve en mármol, finísimo, de Jacobo della Querci, y otro, en alabastro, de Ferruccio de Fiesole. De singular valor es, asimismo, la placa de cerámica con la imagen de una Madona, de Sansovino, y los bronce venecianos que se pueden admirar junto a las magistrales plaquetas de Modeno. Hay varios muebles del ajuar suntuario de dicho pueblo y, entre ellos, destaca una silla que perteneció a los Médicis.

La sala VIII, instalada en la rotonda del edificio, está iluminada por una potente claridad natural, que nos descubre con la mayor precisión cuanto la misma atesora. Antes de entrar en ella podemos admirar un fragmento de alicatado granadino y otro de taracea en ágata.

A continuación, una vitrina nos muestra una rica colección de loza dorada de Manises, del siglo xv. Las joyas mayores de esta sala son una lámpara de cristal del siglo xiii, que perteneció a la Mezquita de El Cairo, y otra lámpara de un templo persa. Hacen honor a estas piezas como vecinos unos bellísimos botes de marfil árabes, una arqueta de arte hispanosiciliano y una colección de vidrios romanos del siglo iv. Piezas de singular valor histórico que figuran en esta vitrina son los platos de vidrio que pertenecieron a los Fúcares, los banqueros de Carlos V.

La escultura está representada con dos imágenes de la escuela de Alonso de Berruguete y una bella imagen de María, francesa, de finales del xiii. Las vitrinas de esta sala nos ofrecen obras tan interesantes como una colección de bronce medievales, esculturas del arte borgoñón del xv, otra de primitivos bronce romanos, entre los que destaca una mascarilla del arte griego o arcaico.

Esto es, a ligeros rasgos, lo que calificamos de tesoro superado. Ya adquirió el mismo una instalación museal; sin tener un método, una sincronización bien pudiéramos decir que las obras que



en esta sala se reúnen, se unifican, en virtud de su intrínseca riqueza.

¿Es esto todo el Museo Lázaro Galdiano? No. Infinitas obras más quedan por enumerar. Está aun sin instalar la biblioteca, la que atesora documentos matrices de la historia de España y de muchas de sus figuras más gloriosas. Pero esto, que bien merecerá visita independiente, lo dejaremos para otra ocasión. Por ahora, la que realizamos, se ha limitado a dar esta ligera impresión de cuanto quedó impreso con el mayor relieve en nuestra memoria.

La gran obra ante el juicio ajeno.

¿Tuvo esta gran obra coleccionista la atención admirativa que por parte de todos merecía? Parece que no. Los días, al aventar con las cenizas del olvido cuantas rivalidades despiertan mientras viven la presencia de ciertos hombres, parece que nos dicen que no. D. José Lázaro Galdiano, enquistado en el señorío de su independencia y de su carácter no fué propicio a fomentar ninguna popularidad. Misión más alta, más trascendental era la suya en la vida. Por esto que nos justifiquemos que en alguna ocasión dijera: «Uno nunca es profeta en su tierra. Parece que mi destino es el de ser pisoteado por los perros y respetado por los leones.»

Pero esta íntima amargura bien estuvo compensada por el juicio y el aplauso que a la colección tributaron figuras ilustres del mundo del arte y de la historia europeas. Luis Rean escribe acerca de ella:

«El experto coleccionista ha recogido en cuarenta años de búsquedas pacientes y frecuentemente afortunadas un prodigioso botín que completa y sobre pasa en ciertos conceptos las series correspondientes del Museo del Prado.»

Y Salomón Reinach, dice: «No hay un arqueólogo que no encuentre en ella algo que aprender y numerosas ocasiones de confesar su ignorancia, pues entre tantas obras inéditas de épocas diversas, muchas continúan misteriosas.»

Ahora el juicio máximo, a modo de síntesis y apólogo de esta riqueza, lo escribe Willian Ruck: «Todas las épocas de la Historia —dice— están representadas, siendo de mayor interés las que se refieren a la influencia árabe en España —o sea el llamado arte mudéjar—, por lo raro y selecto de sus ejemplares.

»Las telas de este período, de las que cuando más, se encuentran en los mejores museos pedazos exigüos de centímetros, se encuentran aquí en trozos de metros.

»Del período romano hay piezas excepcionales: un Lucio Vero y una urna funeraria, en mármol, con inscripción latina, estudiada por Mommsen.

»Del gótico, esculturas, esmaltes de Limoges en toda su variedad, palomas eucarísticas, gemellones, cajas, báculos, dípticos de marfil, etc.

»Tallas, hierros, joyas de oro, cristal de roca, esmaltes de esos que ya sólo se encuentran pintados en los retratos reales del Museo del Prado.

»El mobiliario español carece de historia; y, sin embargo, los ejemplares que aquí se encuentran —arcones, arcas góticas, renacentistas y mudéjares— son de toda belleza, y el día en que se popularicen, figurarán al lado de los más bellos de Italia.

»Armas, armaduras, cascos, rodela, dagas, mosquetes. Rarísimas espadas incrustadas en plata y oro, tan raras, que en la Armería Real no existe ninguna. Aquí ocupan una vitrina entera, una vitrina deslumbradora.

»En cuanto a la ferronería, bastaría ver las series de arquillas, llamadores, llaves y atriles para persuadirnos de la justa eminencia de éste en España.

»Y en cerámica, platos hispanos de reflejos, azulejos mudéjares, piezas selectas italianas, Gubios y Fuenzas extraordinarios.

»Y encuadernaciones preciosas, orfebrería, medallas, pixides, miniaturas, copas, tabernáculos, piedras duras talladas, relojes,

lámparas, bronces, polveras, etc., etc. Todo de épocas casi legendarias y de propietarios cuyo solo nombre fascina.»

Con estas palabras amaneció la justicia hacia la colección Lázaro Galdiano, palabras que hoy hacen suyas todos los españoles que visitan el «Parque Florido», el museo de obras impares del arte.

